Pezzoni, Enrique. "La neutralidad absoluta no es recomendable", suplemento "La opinión cultural" de *La opinión* (21 de setiembre de 1975). Posteriormente en *Sur* 338-339 (dossier "Problemas de traducción") (enero-dic. de 1976).

ENRIQUE PEZZONI

"LA NEUTRALIDAD ABSOLUTA NO ES RECOMENDABLE"

¿Traducción "creativa" versus traducción "literal"? Poco sirven rótulos tales para dilucidar el fenómeno de la traducción (hablo de la traducción literaria, desde luego, y no de la científica, que plantea otra clase de problemas). En materia de traducción literaria ésta no puede ser sino creativa. Como lo es toda lectura de un texto.

No hay peor traducción que la llamada "literal" y que en verdad debería llamarse "servil". ¿A quién sirve, ante quién se humilla la traducción literal? Cree reproducir esa red de sonidos y significados de la lengua original, pero no hace más que mostrar hasta qué punto es irreproducible esa trama. La buena traducción es la que "lee" el texto en otra lengua: la que no deja que el texto original se transparente por debajo de la versión y, sin embargo, alude constantemente a las sonoridades, a las visiones del mundo que surgían del texto original. Alude a ellas reinventándolas, no "describiéndolas" ni "explicándolas". Difícil equilibrio entre libertad y sujeción que a la vez se parece y se diferencia de la del creador original.

Es muy difícil en este sentido, recomendar qué tipo de lengua deberá emplear el traductor. Sobre todo, el traductor de lengua española, que debe dirigirse a un ámbito lingüístico tan vasto, donde existen tantas variedades idiomáticas. Pero yo no recomendaría la neutralidad absoluta (que parecía ser el ideal de los buenos traductores hasta no hace mucho tiempo). El mundo nos ha enseñado que los hombres somos distintos, pero también que hay una zona esencialmente idéntica en la base de todas nuestras diferencias. Creo que el traductor debe atreverse a usar la lengua de su comunidad, con todas sus peculiaridades, pero fijándose un límite: no ha de llegar hasta el extremo en que la reinvención se vuelva tergiversación y desplazamiento. Traducir una expresión elaborada en lengua coloquial no es reinvención. Creer ver un sentido metafórico en una expresión corriente tampoco es reinvención. Hacer hablar de *vos* a los personajes de una novela inglesa o francesa es desplazar violentamente un mundo hacia otro mundo. (Creo que no necesito aclarar hasta qué punto era ridículo, por otro lado, el hábito de hacer tutearse, con tú, a los personajes en novelas o piezas escritas originalmente en argentino.) Quiero remitirme a un ejemplo. Cuando yo traducía Moby Dick, revisé todas las traducciones existentes. La que hizo un equipo francés dirigido por Jean Giono es fluida, veloz, curiosa e insolente, como suelen ser las traducciones francesas. El texto de Melville está escrito en una lengua que mezcla la ironía, el ímpetu, el humorismo, la grandiosidad. En el comienzo mismo, Ismael dice: "...cada vez que en mi alma se posa un noviembre húmedo y lluvioso..." Giono y su equipo traducen: *Chaque fois que j'ai le cafard", es decir, "cada vez que tengo la mufa."* Ese me parece un buen ejemplo de

reinvención excesiva. Menos nocivo, sin embargo, que la ausencia total de invención, que la literalidad servil que nada transmite y sólo evoca el espectro de la lengua original.

Los traductores españoles siguen creyendo que el español de España (o de Madrid) es el universal. Desde la época en que los traductores españoles hacían prorrumpir en la exclamación "¡Narices!" a los personajes de Dostoievsky, los españoles piensan que toda peculiaridad de la península no es tal: es la lengua que el resto de los hispanohablantes debemos acatar. Las traducciones españolas suelen ser cómicas para el resto de los hispanohablantes. Tan cómicas como esa traducción que, también en broma, citaba Alfonso Reyes y que mostraba el *Sois sage, ô ma douleur* de Baudelaire vertido al arrabalero porteño: "¡Araca, corazón, callate un poco!".

¿Los problemas que aquejan al traductor? Dejo de lado los personales (desconocimiento de la lengua de la cual traduce, torpeza en el manejo de la propia, ignorancia de las realidades extratextuales a que alude el texto). Los otros problemas son la falta de reconocimiento como creador de que es objeto el traductor. Y que se muestra en la parquedad con que se lo remunera. Se me dirá que otro tanto ocurre con el poeta o el novelista. Poetas y novelistas no escriben (o no deberían escribir) sólo para ganar dinero (aunque no veo por qué no han de ganarlo, si no se prostituyen). Pero poetas y novelistas acomodan sus vidas de manera que puedan persistir en su trabajo durante el tiempo que necesitan. El mal pagado traductor por lo general debe cumplir con plazos más o menos rígidos. Y para ganarse la vida no puede sino acumular traducciones y reducir el tiempo que puede destinar a cada una. Yo he padecido en épocas de cesantías o renuncias a mi profesión de docente, esas premuras. De ellas quedan algunas pruebas en mis traducciones: por ejemplo, a un personaje de Julien Green le hago ponerse en el bolsillo del saco un "portafolios" (portefeuille: billetera). Esos casos no son casos de infidelidad. Las editoriales serias los preven, y suele haber correctores que los detectan y salvan. Más grave, insisto, es la traducción humillada y servil que no registra errores, pero que es toda ella un error de lectura, de apreciación, de buen gusto, de fluidez. No sé qué aconsejar a los traductores en cuanto al problema de su remuneración. Quizás una agremiación que los haga defenderse y no traicionarse mutuamente aceptando pagas mezquinas.

1975